

CONFLICTOS Y ARMONÍAS EN ÉPOCAS DE REFUNDACIÓN SOCIAL Y CULTURAL

UNA LECTURA DESDE CARLOS REAL DE AZÚA

Susana Mallo

Resumen

El presente trabajo abordará el tema de la construcción de la identidad nacional en Uruguay, recogiendo la perspectiva de Carlos Real de Azúa. En un momento de refundación social y cultural, no es posible pensar en un repaso acrítico sobre nuestros orígenes. El Estado nación se ha erigido desde el olvido como mecanismo de edificación; no obstante, la Historia de nuestros pueblos —originarios y contemporáneos— apela a la memoria, para recordarnos que pensar sobre nosotros mismos es una forma de hacernos, en tanto sujetos históricos. Se busca reflexionar lo que implica esta construcción identitaria e interrogarnos sobre cómo transitar hoy, en América Latina, hacia una nueva narración que nos permita llevar adelante proyectos nacionales asentados sobre bases sólidas y, al mismo tiempo, consolidar el tan necesario proyecto de integración regional.

Palabras clave: Nación / democracia / conflicto / armonía y política.

Abstract

*Conflicts and harmonies in times of social and cultural re-foundation:
A reading of Carlos Real de Azúa*

This article deals with the subject of the construction of the national identity in Uruguay, collecting the perspective of Carlos Real de Azúa. In a moment of social and cultural re-foundation, views and reviews about a historical revision of our subjectivities and their contextual products arise. It is not possible to think an uncritical review that does not pose the problems of our origins. The Nation state has risen from oblivion as a building mechanism; however, the History of our people —native and contemporary— appeals to memory once and again to remind us that as historical subjects, thinking about ourselves is a way of making us. From this approach, a reflection on the implications of this identity construction will be pursued. The question is then placed on how to transit nowadays in Latin America towards a new narration, which allows us to carry on national projects with solid basement and, at the same time, to consolidate the so necessary project of regional integration.

Keywords: Nation / democracy / conflict / harmony and political.

Susana Mallo: Doctora en Ciencias Sociales. Decana de la Facultad de Ciencias Sociales, Udelar. Docente Grado 5 de Teoría Sociológica. Investigadora del Departamento de Sociología del Área de Sociología Política. Miembro del Comité Académico de Orientación y Consulta del Espacio Interdisciplinario. E-mail: susana@fcs.edu.uy

Recibido: 3 de julio de 2012.

Aprobado: 31 de octubre de 2012.

Introducción: los dilemas de la nación

En un momento de refundación social y cultural, aparecen planteos y replanteos sobre una revisión histórica de nuestras subjetividades y sus contextos. Ante esta situación, no es posible pensar en un repaso acrítico que no contenga problematizaciones sobre nuestros orígenes. El Estado-nación se ha erigido sobre el olvido de nuestros orígenes como mecanismo de edificación de una historia contada por los triunfadores. No obstante, la Historia de nuestros pueblos —originarios y contemporáneos— apela a la memoria, una y otra vez, para recordarnos que pensar sobre nosotros mismos es una forma de constituirnos en tanto sujetos históricos.

La discusión sobre la nación y los nacionalismos, tan soslayada a lo largo de muchos años, ha resurgido con fuerza en diversas partes del mundo. En este nuevo escenario, sostenemos que ella debe ser abordada desde una perspectiva crítica que permita arrojar luz sobre nuestro presente.

Si en los años cincuenta y sesenta, el nacionalismo era el estandarte del anticolonialismo, las prácticas desarrolladas en los refundados Estados nacionales están marcadas por la aureola de la modernidad y el “desarrollo”. Y es que, durante buena parte del siglo XX, modernidad, desarrollo y Estado-nación parecían ser una tríada indisociable. Modernidad y desarrollo como lo universal, en un tiempo caracterizado por la homogeneidad occidentalizadora; en el cual la linealidad del pasado, presente y futuro se convierte “... en la condición de posibilidad para las imaginaciones historicistas de la identidad, del progreso, la nacionalidad, etcétera” (Chatterjee, 2007, p. 62).

El ideal moderno del progreso se expresaba para nuestra América Latina como promesa de desarrollo, entendida como sinónimo del nivel de vida de los países centrales. Y el desarrollo estaba, a su vez, ligado a la industrialización y a la construcción del moderno Estado-nación. La democratización económica, social y política, fundada en las ideas de libertad e igualdad, aparecía como el gran proyecto emancipatorio que esta época prometía.

En este contexto, las esperanzas cifradas en el proyecto modernizador cercenaban las posibilidades de pensar críticamente el problema de la nacionalidad y lo que ella encubre. Sin embargo, con el paso del tiempo se han evidenciado las promesas inconclusas de la modernidad. El capitalismo moderno no es sinónimo de racionalidad, ni de disciplina ni de distribución

igualitaria, ni siquiera de reconocimiento. La política no significa lo mismo para todas las personas ni posee la capacidad ordenadora que hubieran deseado algunos sectores gobernantes o científicos políticos.

Bhabha (1990), al describir el lugar de la nación en el marco de la temporalidad, afirma que existe una profunda ambivalencia en dos planos; por una parte, el pueblo se encuentra siempre en construcción de un proceso histórico hacia un nunca culminado destino nacional. Por otra, la unidad del pueblo y su identificación permanente con la nación debe ser continuamente repetida, significada y escenificada.

Partiendo de esta perspectiva, se busca en este trabajo abordar el problema de la construcción de la nacionalidad uruguaya y los dilemas que ella plantea, colocando un conjunto de desafíos que deben ser problematizados a la hora de pensarnos como sociedad en tiempos de cambio. Para ello, se retoma la contribución de Carlos Real de Azúa, poniendo el acento en las contradicciones del proceso de construcción de la nación.

La construcción de la nación en Uruguay

La construcción del proceso nacional en Uruguay tuvo contradicciones, marchas y contramarchas. Quien representa mejor estas derivas es, sin lugar a dudas, Carlos Real de Azúa. En este trabajo intentaremos indagar en la construcción de categorías que realiza el autor a lo largo de su móvil pensamiento, procurando vencer riesgos y sorpresas. Buscaremos develar su creación sin caer en el congelamiento ni en la vulgarización o estandarización de sus renovadoras ideas.

La cuestión nacional está indisolublemente asociada al proceso independentista y a las distintas etapas que ha atravesado la consolidación de Uruguay como nación. De este modo, la preocupación y ocupación casi constantes sobre los temas de la nación y el nacionalismo derivan de la extrema debilidad de la base material e histórica del nacimiento del país, lo que no aconteció con otros países de América Latina.

Real de Azúa definió a Uruguay —en sus comienzos la Banda Oriental— como una región fronteriza, una organización política de rasgos muy especiales, “... marca del imperio hispánico en Indias, el Uruguay colonial no escapó a la regla” (Real de Azúa, 1997, p. 52). Estos rasgos dejaron una huella particular en la forma de gobierno de la Banda Oriental, tanto antes como después de la gobernación de Montevideo en 1751. Esta se caracterizó por el perfil esquemático de los órganos de gobierno, la preeminencia de la institución militar y el empleo de los medios más drásticos de autoridad (Real de Azúa, 1997).

Leído con cuidado, desde la perspectiva del autor no serían sólo el territorio, el gobierno y sus límites los descriptores elegidos para definir al país,

sino estos en relación con la cuestión del poder (al mejor estilo weberiano), en un interjuego de balances y desbalances, favorables o desfavorables, a la conformación y permanencia de la entidad del Estado nacional.

Habría algo más en el concepto de nación que la demarcación de un territorio, sus formas de gobierno y los juegos de poder intra y extraterritoriales: la coexistencia de sensibilidades distintas y la inevitable confluencia de voluntades para cristalizar en normas la contingencia de lo político.

En esta puntualización se trasunta, por un lado, la idea kantiana de un orden de razón práctica, un tipo de consideración normativa del orden político y social, que caracterizó al jusnaturalismo moderno y a Kant, en la que —sin duda— se inspiró la primera Carta Constitucional de la República Oriental del Uruguay (y otras en América Latina), en las cuales el principio constitutivo de la nación está basado en la convivencia en sociedad como fundamento de lo moral.

Por otro lado, acude al pensamiento hegeliano, de manera de no excluir el ámbito subjetivo (o de las sensibilidades). Puesto que, para Real de Azúa, en la raíz de la construcción de ese peculiar estilo de convivencia que es la nacionalidad, está siempre presente la problemática de las identidades individuales y colectivas.

En este sentido, Halperín Donghi (1992) ha señalado que el concepto de nacionalidad aparece para nuestro autor como intrínsecamente valioso, en tanto que alude a una forma de convivencia y a un sistema de valores. De ahí se desprende la necesidad de Real de Azúa de no hurgar en las razones últimas por las cuales una comunidad se mantiene unida. En sus propias palabras: "... en las telas más íntimas, delicadas, de esa concordia de la cordialidad recíproca, supremamente deseable como fundamento de la mejor convivencia" (Real de Azúa, 1991, p. 244). Su definición de nación incorpora la idea de lo contingente, de lo no inmutable, lo que le permite sostener que aun en las viejas naciones existe el embate de los regionalismos. Entonces, ¿cómo no entender que este embate exista también en las zonas periféricas?

El tema de los nacionalismos sigue siendo en nuestro continente un problema que nos ocupa hoy día. No sólo por su indiscutible contenido económico, sino también por su componente político, específicamente por el sentido político que tienen las controversias en torno a los procesos regionales hoy irresueltos, donde la nación y su componente, las nacionalidades, aparecen enfrentados.

Real de Azúa, un personaje interesante en el medio intelectual uruguayo y sus aledaños, pero más que nada un hombre de su tiempo, hizo de la pregunta ¿a cuánta contingencia política era capaz de dar cabida un país que

nació en circunstancias tan especiales y que fue construyendo también unos muy particulares arreglos de convivencia?, un problema articulador de su reflexión a lo largo de toda su trayectoria intelectual. En forma derivada de lo anterior, se impondrá el análisis sobre los límites del derecho y la contingencia de la política en circunstancias históricas específicas y, en consecuencia, sobre el quiebre del Estado de derecho y la sobrevivencia o no de las instituciones propias de una democracia.

■ **El largo camino hacia la nacionalidad uruguaya**

En la reconstrucción histórica del nacimiento nacional, es necesario detenerse en los años 1819 y 1820 para reconocer el carisma de José Gervasio Artigas, al cual se le otorga una excepcional autenticidad frente a otros caudillos, los cuales sólo defendieron, en muchos casos, causas particulares de corte regionalista o intereses individuales.

Artigas es un caudillo con un proyecto de nación ampliada, es definido con don de gracia, autoalimentación de prestigio sin investidura política, pero con algo que ofrecer o alguien a qué servir, elementos que poco conoció nuestra historia. Se hace necesario interpretar el artiguismo como uno de los representantes más idóneos de una ética política y de un proyecto latinoamericano; para ello, utilizamos el paradigma de lo que debía ser la función que un ejército de “pie en tierra”, capaz de defender valores nacionales, éticos y políticos.

En este sentido, señala que:

... un lustro más tarde había aprendido que toda patria nace y muere en torno a un puñado de desesperados, que con las armas en la mano hacen de las exigencias de su acción la ley suprema de conducta. (Real de Azúa, 1997, p. 158)

Queda claro que estas afirmaciones están dadas sobre el reconocimiento de la manifiesta debilidad de la base histórica de la independencia nacional. Dentro de esta búsqueda histórica exhaustiva, son pocos los personajes a los que otorga un lugar tan protagónico, como a Artigas. Nuestro autor señala la persistencia de su pensamiento respecto de la construcción de ‘la Patria Grande’, insistiendo en las numerosas ocasiones en que Artigas colocó la necesidad de no romper los vínculos que ligaban a la Banda Oriental con las restantes regiones rioplatenses.

Alrededor del tema de la Patria, se constituirá una especie de misterio histórico, el cual se mantiene aún en nuestros días, en tanto elemento clave que persiste en todo el mundo occidental (a pesar de la guerra, del nacionalismo y del multiculturalismo). Sobre esta base, una de las preguntas que formuló es si en el primer cuarto del siglo XX era posible concebir “... un proyecto

nacional basado en una estructura confederal laxa sin centros urbanos de consideración y sin clase dirigente letrada” (Real de Azúa, 1997: 56).

Lo cierto es que la invasión portuguesa canceló el programa intentado por Artigas, y el territorio de la Banda Oriental fue saqueado por diversas fuerzas, lo que llevó a sectores importantes de la sociedad a intentar compatibilizar el dominio extranjero con la constitución de un Estado propio. Los diez años de dominio de la ocupación del Imperio Cisplatino dejaron una honda huella en la conciencia nacional, en lo que concierne a cómo hacer frente a la visión lusitana de corte imperial, y a las consecuencias político-sociales e ideológicas de dicha ocupación.

Por otro lado, existió la pretensión hegemónica de Buenos Aires con su proyecto anexionador, el cual la Banda Oriental sufrió con sus contradicciones internas y sus luchas intestinas. A todo ello debemos de sumar el histórico “movimiento fraterno” con las provincias litoraleñas, en donde el corazón del viejo artiguismo aún latía, aumentando el dramatismo del pacto o nacimiento de la nación.

Finalmente, la larga mano del pujante imperio inglés encaminaba su acción mundial a allanar los caminos para la expansión del capitalismo industrial y comercial. Es esta conjunción de elementos la que permite conceptualizar el papel de Uruguay como “Estado tapón” del sur Atlántico de América Latina, clave en la determinación de la libertad de navegación y la penetración en la región.

Lo cierto es que, la comprensión del reconocimiento de “un otro” conduce a la interpretación de un tema clásico en el Río de la Plata: la oposición caudillos-doctores, civilización o barbarie, pueblo-antipueblo, campo-ciudad. Problema hasta nuestros días insoluble. ¿Es quizás forzar demasiado un concepto si lo trasladamos al planteo hegeliano de la relación amo-esclavo? ¿Siguen siendo los “dueños del país” los mismos sectores tradicionales que han digitado la política siempre detrás del escenario?

¿Dónde se encuentran los principios ordenadores constitutivos y constituyentes de una nación? Esta pregunta suscita discusiones clave sobre el liberalismo, el totalitarismo, el nacionalismo y el imperialismo. Estos temas fueron obsesión permanente sobre todo en Real de Azúa, cristalizada en constantes intentos de otear con una nueva mirada un tema tan sentido y controvertido como es la construcción del ser nacional.

■ Los intelectuales y el debate sobre la construcción de la nación

Uno de los rasgos distintivos de Real de Azúa, en tanto intelectual, es su activa participación en el debate político-académico de su tiempo. Polemizó duramente con las interpretaciones tradicionales de la historiografía nacional.

La primera crítica hacia las interpretaciones tradicionales apunta a la resistencia que la entidad Estado nacional presenta para un análisis objetivo. Observa una tendencia a ritualizar la fuerza de los dictámenes tradicionales sobre la cuestión nacional, protegiéndola contra el revisionismo y la crítica.

Por cierto, la crítica contra los fundamentalismos políticos, en el sentido de “nuestros mayores mandan”, y son los hacedores de la historia oficial, demandó al autor enfrascarse en apasionadas y ácidas polémicas con historiadores de su generación. Esto supuso un combate contra la negación de lo nacional y la ocultación de la importancia de su vínculo con lo regional.

Los regionalismos en nuestro continente siguen siendo un tema que nos ocupa hoy en día, no sólo por su contenido económico —tal como señala nuestro autor—, sino por su componente y necesario sentido político.

Buscar formas políticas y culturales para escapar de falsos nacionalismos es un deber de nuestras sociedades. De acuerdo con Nun (2000), la nación y la integración, lejos de ser incompatibles, se potencian. Idea que ilustra en la metáfora de Amos Oz para que pensemos las naciones como penínsulas: una mitad unida a la tierra (a la propia historia, costumbres y tradiciones) y la otra mitad de cara al mar (abierta a la integración y concertación). El tema de la construcción del “ser nacional” y la formación de “conciencia nacional” se encuentra indisolublemente ligado a la posibilidad de una alianza regional.

La disputa entre los intelectuales sobre la fundación de la nación tomó visos de aspereza. En este sentido, algunas de las críticas colocadas por Real de Azúa son:

- La necesidad de un planteo académico de lo nacional no estereotipado ni esquematizado, sino, por el contrario, como factor interviniente a la hora de conformar un dinamismo colectivo, fundado en la esperanza y el orgullo en lo conquistado y en las metas a alcanzar como nación. Según el autor, la interpretación de lo nacional a partir de la politización partidaria o grupal fue la forma distorsionante a la hora de construir un sentido nacional, que resultó, por lo menos, inexacto.
- La necesidad de ir contra los fundamentalismos políticos que han fijado y restringido a la vez un camino de “vivir nacional”. Se hace necesaria una movilización colectiva con validez común, de manera de construir positivamente.
- Las motivaciones ideológicas y políticas, que dogmatizan la realidad, constituyen, tanto como el discurso sobre la inespecificidad de las funciones del conocimiento científico, uno de los peligros principales para la consolidación de valores que permitan priorizar la necesidad de pensar los temas del desarrollo. Es necesario otorgar al conocimiento múltiples funciones; algunas de ellas tienden a presentarse en el plano psicológico

o existencial en forma autonómica. Por tanto, la función descriptiva-explicativa y la argumentativa-justificativa se constituyen en las más habituales.

- La necesidad de reformular los indicadores de la nacionalidad, tanto en el plano objetivo fáctico de la viabilidad, como en el psicosocial o subjetivo implicado en la construcción de consensos (“voluntad nacional o ser nacional”).

El tema de la formación de la conciencia nacional condujo a una enorme polémica entre los historiadores que desarrollaron la tesis independentista tradicional, las tesis de la tradición marxista y también las revisionistas. En este sentido, en el texto *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya* (1991) Real de Azúa construyó una serie de hipótesis sobre la conformación de la conciencia nacional, desarticulando los conceptos “tradicionales”, los llamados “revisionistas” y confrontando con autores marxistas, señalando los peligros de la ideologización política que dogmatizan la historia nacional. Lo que él buscó es encontrar una ‘historia’ fuera de la órbita mitológica, de lo exclusivamente explicativo, para desarrollar concepciones con criterios científicos.

La polémica fue muy dura y farragosa, los argumentos algunas veces pasaron de lo meramente académico a acusaciones en el plano político y personal, sobre todo porque trataba de mostrar que todo el discurso histórico estaba montado invariablemente sobre un lote de presunciones. En este sentido, José Luis Romero señala cómo la corriente romántica, de tanta influencia en el Río de la Plata, exaltó los valores nacionales a veces míticamente, a veces mutando acontecimientos, a veces creando héroes y villanos (Romero, 1987: 15).

La compleja formación nacional y el proceso independentista de Uruguay se realizaron en medio del signo del apresuramiento judicial global, y, según se afirma, acompañado de una postura apodíctica que preestablece la primacía absoluta o, por lo menos, absolutamente mayoritaria y prácticamente invariable, de voluntad autonómica oriental de índole tempranamente nacional, condenando todos los acontecimientos que no dieran cuenta de dichas afirmaciones.

Retomando el pensamiento de Raymond Aron, esta situación hacía caer en trampas de coherencia típica de todo historicismo ingenuo en las cuales la historia se construye a partir de deducciones forzadas, excesivas, que se pueden extraer de documentos donde se “buscan” evidencias más allá de todo lo razonable.

Ante la falta de un test científico, se hace imposible discriminar fluidamente entre significados con los cuales cualquier historiador sensato deberá enfrentarse con una gran cautela y enormes perplejidades.

La crítica a la visión tradicional está fundada en el vaivén del literalismo en el análisis de los documentos. La postura de Real de Azúa se basa en la crítica a estilos de pensar que pueden incidir sobre materias o tema muy variados. Por tanto, las tesis independentistas tradicionales deberían, para el autor,

... ostentar una más baja aleación de sofismas, elusiones, juicios indocumentados y meramente presuntivos, meras hipótesis que sin el menor esfuerzo de verificación pretenden hacerse pasar por verdad forzada. (Real de Azúa, 1997: 31)

■ La idea de contingencia y la reconstrucción de la nacionalidad uruguaya

Para Caetano y Rilla (1987), recién podemos encontrar el primer imaginario nacionalista uruguayo en las últimas décadas del siglo XIX, cuando Uruguay adquiriría un primer impulso modernizador de sesgo capitalista, asociándose la perspectiva nacionalista en el plano simbólico con la experiencia anclada en la “excepcionalidad nacional”, promulgada por el primer batllismo. En la búsqueda de los orígenes de la conciencia nacional, Real de Azúa —a pesar de la reconocida “fragilidad” del proyecto y de las élites locales para implantar un modelo propio y auténtico— indaga sobre tiempos más remotos.

Sin duda, parte de la originalidad del trabajo del autor consiste en prever históricamente el desarrollo y la consolidación de los particularismos territoriales, conjuntamente con la idea artiguista de consolidación de la gran nación. En este sentido, se destaca un concepto que aparece prematuramente en la literatura académica uruguaya gracias a Real de Azúa: la idea de contingencia.

Sobre el tema nos dice Halperín Donghi:

El mismo surgimiento de una nacionalidad en Uruguay aparece colocado bajo el signo de esa contingencia, hasta mucho más tarde de lo que generalmente se admite; ello le permite no sólo eludir las acrobacias interpretativas que hacen posible a algunos historiadores prolongar hacia el pasado la prehistoria del sentimiento nacional uruguayo, sino registrar sobriamente el consenso patricio que por un instante rodeó a la Cisplatina. (1987: 31)

Señala que, dada la ambigüedad de las ideologías y la naturaleza dialéctica del desarrollo histórico, el caso de Artigas late en las aseveraciones de un lote de historiógrafos y polemistas sobre las interpretaciones independentistas del país.

Tanto en la Banda Oriental como en la Confederación argentina —ambas inmersas en un juego de negociaciones directas con Brasil—, surge lo que se denominó el espíritu de patriotismo en abril de 1825. En este sentido, el revisionismo histórico ha destacado el comportamiento porteño como indicador inequívoco de la vocación irremediamente antinacional del uni-

tarismo. Los intereses porteños oscilaron entre el deseo de tener a Uruguay como feudo productivo y gran estancia de sus empresas ganaderas, y el temor al federalismo oriental:

... la eventual influencia deletérea que la provincia podía tener sobre las otras, tan precaria y transitoriamente domeñadas o desglosadas, así como los logros evidentemente positivos de la obra modernizadora, impresa por Buenos Aires desde 1822. (Real de Azúa, 1991, p. 204)

Respecto al papel de la conciencia nacional, el autor afirma que se fundó en la aceptación de la tesis de “la máscara del acto de unión” y la postura historiográfica independentista, apareciendo considerables coincidencias entre jefes porteños y orientales, en especial entre Lavalleja y los generales Martín Rodríguez por un lado y Carlos De Alvear por otro. En ese sentido, realizando una profunda crítica, Hernández Arregui define la conformación del “ser nacional” como:

Una comunidad establecida en un ámbito geográfico y económico, jurídicamente organizada en nación, unida por una misma lengua, un pasado común, instituciones históricas, creencias y tradiciones también comunes reservadas en la memoria del pueblo y amuralladas, tales representaciones colectivas, en sus clases no ligadas al imperialismo, en una actitud de defensa ante embates internos y externos. (Hernández Arregui, 1973: 313)

Observando el choque entre Buenos Aires y la Banda Oriental, vemos, por un lado, la concepción de un ejército nacional que incluyera “la Patria grande” pero, por otro lado, los reflejos ‘localistas’ del pueblo en armas que configurará el independentismo oriental o la patria completa. ¿Cómo recuperar la historia de nuestra América Latina? ¿Cómo reflexionar sobre procesos donde la sobreabundancia de datos, pero también de distorsiones interpretativas con sesgos político-ideológicos han logrado opacar el análisis, tiñéndolos con arbitrarias conjeturas?

La intención del autor es realizar una deconstrucción de “mitos” en una doctrina que posee especial vigencia en la órbita educativa. Denuncia, como ya señalamos, el apresuramiento de una postura apodíctica de absoluta mayoría de voluntades independentistas. Existiendo una actitud inductiva, donde el prejuicio y la ambigüedad se manifiestan en una sola dirección. A ello se suma la carga ética de acentos normativos y valorativos, y el indudable recurso de las deducciones forzadas, más allá de lo que los documentos permiten. Existencia de meras presunciones sin el menor esfuerzo de verificación; una relevante tendencia del literalismo al inefabilismo; la imposibilidad de detectar con certeza los ánimos psicosociales existentes en la época. Agrega, además, el terrible equívoco que produce la utilización de un lenguaje ambivalente, en el cual significados como: patria, nación, independencia, libertad, han sido transformados por la historiografía, la ciencia política, la lingüística

o la sociología en una universal polisemia del lenguaje político, cargado por las más diversas connotaciones.

Las personalidades intervinientes y, consecuentemente, las divisas partidarias pusieron diversos énfasis en los roles de los caudillos nacionales; así el Partido Nacional destacó el heroísmo de Lavalleja, mientras los sectores colorados enfatizaron la cualidades nacionales de Rivera. Para las divisas partidarias, el resultado final de la contienda se explica hartó fácilmente. Lavalleja era porteñista, como fue más tarde federal, lo que hace lógico que mientras mantuviera la preeminencia política, fueran los acentos unionistas y anexionistas los que predominaran.

Manteniendo una ecuanimidad metodológica, de la cual trata de no apartarse, Real de Azúa señala la existencia de una vitalidad creciente de las posiciones independentistas, apreciando en su justa medida el alcance de ellas. Al señalar la cuestión de la voluntad independentista, resaltó la necesidad de analizarla desde por lo menos dos variables: como una cuestión de vitalidad o querencia colectiva —con el sesgo voluntarista o subjetivista que supone la construcción de la nación—, o como estrechamente ligada a los términos de la “viabilidad”. Problema aún en discusión, de un país pequeño rodeado de grandes países.

Las concepciones revisionistas de la historia anidaron en Uruguay, realizando otra posible interpretación sobre el proceso independentista. La ayuda solicitada en los años 1822 a 1824 chocó con el unitarismo de Rivadavia. Las reticencias de los unitarios a la consolidación de la Patria Grande están sin lugar a dudas permeadas por los miedos a una resurrección federalista disgregadora y a la reaparición de los caudillos, imágenes negadas contra todo intento de unidad de las provincias. “El revisionismo histórico ha destacado este comportamiento porteño como indicador inequívoco de la vocación irremediablemente antinacional del unitarismo” (Real de Azúa 1987: 102).

Afirma el autor que ese bloque de poder que representaba el partido unitario y el interés agrocomercial osciló entre poseer el Uruguay productivo como una gran estancia de sus empresas y el temor al federalismo oriental y la eventual influencia que podría tener sobre las otras provincias tan transitoriamente domesticadas. La continuidad de la polémica y el sentimiento antiporñista perdura a través del tiempo, así como la imputación de arrogancia que caracterizaba a la clase dirigente de ambas orillas. Todo esto, no contribuyó a borrar el recuerdo de dependencia e intervención desembozada de Buenos Aires, como así tampoco la idea de la creación de la Banda Oriental como resultado de la invención inglesa, y cuyo fin era un “paisito sin futuro”.

Casi un siglo después, la polémica que permanecía larvada, se aviva al fuego de la interpretación del revisionismo histórico-ideológico de los historiadores argentinos. Nuestro autor tiende a apoyarse más en las tesis tradicio-

nales, ante la exacerbación de las tesis revisionistas, aceptando la necesidad de un más vasto cotejo con otros procesos de implantación y construcción nacional, que permitirían aclarar el nuestro y conformar una cultura histórica digna de acercarse a la condición de definitiva.

Respecto de esta teoría, distingue la tesis del revisionismo de izquierda y de derecha que, con diferentes motivaciones, refuerza un estereotipo en el cual se tiende a poner explícitamente de manifiesto la posición doctoral, liberal, urbana europeizante, donde la masa cumplió un papel socialmente sumiso, obediente y fácilmente manejable, despreciado por los intelectuales.

El revisionismo de izquierda comparte el mismo desdén hacia los intelectuales, como asimismo a los “oligarcas” y los doctores, por ser, en suma, una elite conservadora y utilitaria del caudal popular. Siente un profundo afecto por la “masa criolla” que, aunque se hallaba inarticulada, poseía la capacidad de acción progresiva, en la cual el apoyo incondicional al caudillo logra encausar la creatividad de la masa dotándola de un imaginario autonomista y nacionalista.

Finalmente, cabe preguntarse qué lo une y qué lo separa de la tesis marxista. Una ‘coincidencia’ con los historiadores marxistas es que intentan desenmarañar la ‘realidad oculta’ a través de un método que aborda la parcialidad, siempre negando la totalidad histórica (“como proceso unitario”). Sin duda, las lecturas de Antonio Gramsci lo ayudaron a escapar de los totalitarismos intelectuales.

Sin embargo, parece conceder a las elites dirigentes la fuerza motora del desarrollo histórico nacional, percibiendo en las contradicciones de clase un factor importante en el proceso en cuestión, a lo que se suma un especial énfasis en el estudio del papel histórico de los grupos más oprimidos dentro de nuestra formación nacional. Su perspectiva parece entonces más cercana a la concepción de Lukács, a quien leyó y citó profusamente en sus últimos estudios.

La contraposición entre la descripción de una parte de la historia y la descripción de la historia como proceso unitario no es una diferencia de alcance sino una contraposición metódica, una contraposición de puntos de vista. La cuestión de la captación unitaria del proceso histórico se presenta necesariamente en el tratamiento de cada época, de cada campo parcial. En este punto se evidencia la significación decisiva de la consideración dialéctica de la totalidad. Pues, es perfectamente posible conocer y describir muy correctamente en lo esencial un acaecimiento histórico sin ser por ello capaz de entender ese acontecimiento como lo que realmente es. Esto es, según su función en el todo histórico al que pertenece.

- **El papel del patriciado y las divisas partidarias**

Real de Azúa realizó un minucioso estudio sobre el patriciado uruguayo, que brinda claves para la comprensión de los orígenes de nuestra nacionalidad. El análisis de la base económica de este grupo social y de su función político-administrativa arroja luz para pensar el destino de nuestra nación.

Ser patricio significa para nuestro autor una situación de jerarquía superior, una pertenencia a las clases altas, una noción de destino vinculada a un destino histórico dado; explicación de una intervención incisiva e importante en la vida pública, no referida estrictamente a lo político sino a lo económico, a lo cultural y a lo social. Significa también un grado mayor de cultura.

Es evidente que la clase directora, en cualquier sociedad, no es necesariamente el patriciado; él toma la concepción de patriciado en el sentido romano, en contraposición a la denominada plebe. El patriciado, entonces, estaría compuesto por un sector visiblemente ligado al trayecto inicial de una nación. Asimismo, estaría ineludiblemente unido a una constitución política republicana que, en el caso uruguayo, no implica una calificación ética de “los que hicieron la patria”, sino de individuos que estuvieron presentes cuando ella se hizo.

De este modo, se pueden reconocer tres definiciones de patriciado:

- Como rótulo vacío que encubre una pluralidad de clases (estanciera, militar, comerciante, letrada) con lo que los vínculos de identidad económica, cultural y social son menos fuertes que sus diferencias recíprocas en los conflictos.
- Como concepto pluriclasista, históricamente efectivo, en el que conflicto y solidaridades se contraponen.
- Como concepto referente a una clase fundacional, con conflictos interclasistas que son fuertes pero menos intensos de cualquier manera que las efectivas solidaridades que los unen.

Real de Azúa elige la tercera opción. De acuerdo con él, puede sostenerse que el patriciado fue la clase dirigente del principio de nuestra formación nacional. Se integró con distintos sectores (militares, estancieros, burócratas, letrados, eclesiásticos) que aportaron ideales y modos de vida propios, sin que esto implicara una profunda tensión interna para la sociedad.

Sin embargo, Real de Azúa nos recuerda que la posición general del patriciado fue de apartamiento y desdén ante la política, sin ninguna relevancia en los puestos electorales, sin tiempo general para el servicio y el compromiso, y sí para la dedicación exclusiva a sus propios intereses. Nos encontramos con una clase dirigente sin ideología única. A la inversa de lo

ocurrido en otros países, en Uruguay siempre hubo variedad de proyectos históricos de dicha clase.

Los detentores del poder constituyeron una clase unida menos por la homogeneidad en cuanto a la riqueza, que por la educación, los modos de vida y los bienes adquiridos para mantener su estatus. Ni el sector militar ni el letrado ni el político representaba una mayoría pudiente, incluso los sueldos militares eran relativamente bajos.

Hacia 1851, lo que quedaba del patriciado reanudó el proyecto del 35: una nación independiente, con vigoroso desarrollo económico basado en la modernización. Pero dicho sector no fue capaz de construir un país abierto a la energía del capitalismo y el espíritu burgués europeo. No pudo como cuerpo enfrentar este desafío; así las direcciones de los primeros bancos y la sociedad rural recayeron en manos de extranjeros y sólo participaron algunos uruguayos de vieja cepa. Ya no hay política patricia a desarrollar entre el empuje mesocrático y la poderosa presión inglesa que hacen de Uruguay un centro importador-exportador del mercado inglés.

“Se ha dicho que para la formación de una clase alta con prestigio, se requiere: dinero, más inclinación, más tiempo” (Real de Azúa, 1961: 122). Como sostiene Wright Mills (1969) siempre hay una clase alta y siempre existen otras que a ella se adhieren. Es decir, una aristocracia o un patriciado implican, para su plena vigencia, una aspiración hacia ella de los otros sectores sociales, un deseo de imitación y de entrar en contacto. Dicho mecanismo exige un rol canónico importante que entre nosotros no existió.

La historia de Uruguay está indisolublemente ligada a las divisas partidarias, más aún, se acepta como tesis generalizada que el nacimiento de los partidos es anterior a la creación del Estado. Eso hace una tarea difícil despejar la imbricación entre uno y otro.

Para Uruguay, con una base económica agrocomercial asentada sobre la clase propietaria, resulta difícil —sino imposible— su consolidación como una ‘economía de enclave’. A diferencia del unificado sector dirigente argentino, la particularidad de la naturaleza de ciudad-puerto de Montevideo y el interés subyacente en mantener la unidad imperial tuvieron importantes consecuencias en Uruguay y dividieron las aguas bipolarmente en dos sectores: el sector blanco (tradicional con predominio rural) y el sector colorado. Entre ellos, se desatarán las guerras civiles que asolaran por años el país.

Si bien los caudillos político militares (Rivera, Lavalleja, Oribe) jugaron un rol ‘pontifical’, el juego caudillesco se caracterizó por la heterogeneidad y la bipolaridad, lo cual impidió la formación de un caudillo hegemónico (como el caso de Rosas en Argentina):

Por amortizable que la división fuera, siempre pareció capaz de frustrar la conformación de una unidad de comportamiento de grado comparable a la de la clase dirigente porteña. (Real de Azúa, 1964: 29)

Al constituirse la nación bajo este signo, los modelos de desarrollo bajo los cuales se asentaron los procesos de modernización fracasaron muchas veces. Real de Azúa afirma, en forma casi benjaminiana:

... la historia es un cementerio de posibilidades frustradas —en un último término local— del Paraguay y Uruguay del 65 lleva a pensar si no existió una vía histórica eventual, y un camino distinto a aquel en el cual Europa, y después Estados Unidos dirigieron el mundo periférico en su principal provecho. (Real de Azúa 1987: 276)

El proceso de constitución del Estado conduce a observar cómo se alinean los sectores sociales en una constelación típica de la construcción de poder. Dicha constelación también se alejó de las “normas” latinoamericanas. Las clases dominantes, esto es, el patriciado, los sectores agroindustriales, los ligados a la iglesia y el Ejército, no se unieron, en una primera etapa, para la construcción de un proyecto hegemónico. Como contrapartida, resultó decisivo para la organización nacional el impulso del Partido Colorado y la integración del ejército a esa fuerza política.

Mientras las guerras civiles, entre 1870 y 1910, constituyeron fenómeno endémico del país, partido y estructura militar representaron verdaderamente algo así como el ala civil y el ala castrense de una verdadera fuerza de ocupación en el Uruguay. (Real de Azúa, 1971: 177)

El Partido Colorado quedó definido por el liberalismo doctrinal, con asiento urbano y un fuerte proceso de integración al que se sumaron las olas de inmigrantes de clase media y baja que transformaron el país a partir de 1850. Una especificidad significativa a explicar, es la movilidad ascendente, dada por la rápida incorporación laboral y educativa que tuvieron estos sectores inmigrantes, contrariamente a lo ocurrido en Argentina donde la clase alta tradicional impuso su dominación hasta el Siglo XX.

El final de las guerras y el ascenso de las clases medias confluirán para dar cabida a los llamados partidos de masas. La ideología batllista conlleva la idea de partido de gobierno, idea fundamentada en el gobierno como dirección única, rumbo cierto y proyecto nacional. El gobierno es, por tanto, unidad de voluntad e impulso, y debe ser protagonizado por hombres que comparten una misma causa.

Reflexiones finales

El proceso civilizatorio llevado a cabo por los imperios que compitieron por esta región, con la connivencia de nuestras clases dirigentes, constituyó un esfuerzo por incorporarnos al impulso modernizador que se desarrollaba mundialmente, ocultando la diversidad. Es sobre este proceso que se asienta la construcción nacional en los países del Cono Sur de América Latina.

Hoy se vuelve a hablar de “pueblos originarios”, resurge un debate crítico sobre la construcción de la nación y su significado. Se hace necesario considerar la diversidad cultural que nos ha caracterizado después de los innumerables esfuerzos por exterminarla. En este sentido, vale citar la frase de Rouquié, quien nos recuerda que:

A Borges le gustaba decir, y la paradoja es sólo aparente: “nosotros somos los únicos verdaderos europeos, pues en Europa la gente es ante todo francesa, italiana, española”. (Rouquié, 1989, p. 417)

Los intentos de la clase dirigente por generar pertenencia y continuidad cultural con Europa constituyeron un proceso de imitación que tuvo dos caras: por un lado, la posibilidad de transferencias científicas y tecnológicas, pero, por otro, un atajo que frenó el crecimiento, la capacidad creativa y la imaginación. Las fronteras propuestas por Occidente en el marco de los Estados modernos promueven hibridaciones culturales y hegemonías morales que van en detrimento de las memorias culturales y los flujos simbólicos que entre ellas se generaron.

Planteamos la necesidad de nuevas formas de interpretación sobre nosotros mismos y sobre los “otros”. La necesidad de generar relatos colectivos y prácticas conjuntas, que permitan mirar nuestras construcciones ciudadanas. Un debate profundo y abierto sobre los ensambles de injusticia que han empapado la realidad de nuestros Estados.

¿Occidente inconcluso? ¿Tercer Mundo imperfecto? Planteado desde diversos autores, tenemos la oportunidad de realizar un análisis de la evolución económica y social de nuestro continente en el largo plazo. El modelo agroexportador tuvo su momento de auge durante la conmemoración del Centenario, con una excelente presencia en materia de comercio exterior e importantes tasas de crecimiento. Esto provoca ciertas esperanzas en la clase dirigente sobre la idea de un “destino manifiesto” en Uruguay y Argentina, pero también en los países exitosos en su estructura monoexportadora.

Este modelo, sostenido por la hegemonía de Gran Bretaña, iba delimitando el mundo entre las grandes potencias y los países dependientes. Estallada la crisis del 29, la clase dirigente de los países en vías de desarrollo optó por un modelo industrializador para enfrentar la situación. Las endeblas bases del modelo exportador habilitaron un proceso de industrialización bastante asimétrico, con el que no hubo más remedio que quedarse. Es el éxito de la

modernización en su versión anglosajona. En años subsiguientes, la brecha tecnológica con las naciones industrializadas se profundizó, y alcanzar las economías altamente desarrolladas del norte se transformó en un imposible.

El capitalismo postnacional y globalizante ha hecho estragos durante los últimos años, la difusión de sofisticados modelos de consumo constituye un modelo imitativo de las clases sociales dominantes de los países centrales. Actualmente, en nuestra región han triunfado gobiernos “progresistas” intentando transformar el modelo, chocando con estructuras anquilosadas y resistentes al menor cambio. Asimismo, perduran sectores sociales decididos a no perder ninguno de sus privilegios económicos, políticos y sociales.

Simultáneamente, países con poblaciones mayoritarias de indígenas y afrodescendientes (como Brasil, Venezuela, Ecuador) han comenzado un proceso de reconversión de esta realidad. Bolivia es quizás el mejor ejemplo de ello con el Proyecto de Nueva Constitución Política del Estado.

Ante la discusión desarrollada en la década de los noventa sobre la desaparición de las cuestiones nacionales frente al advenimiento de los procesos de globalización, la nación vuelve en nuestro tiempo a ser más importante que nunca frente a los procesos mundiales. Tomando a Levi Strauss —quien mostró que las clasificaciones totémicas sirven para distinguir a los hombres unos de otros—, la nación, la tradición y sus símbolos podrían tener el mismo fin en el ámbito de la identidad: son puntos de referencia como marca de distinción.

Así como el Estado-nación delimita sus fronteras geográficas, demarca sus fronteras culturales construyendo una identidad nacional como imagen en la comunidad representada. Una ideología que dirija el proceso regional necesita encontrar eco en los individuos y sus imaginarios, que se dan mediante una adecuación entre las significaciones de ese discurso y las representaciones de los sujetos, pero también una cierta adecuación a la realidad (Olivén, 2006).

Es imprescindible, pues, volver a reponer, en el lugar de los multiculturalismos despolitizados, una noción de conflicto cultural que dé cuenta de la incomodidad, de la im-propiedad de nuestra(s) historia(s) y nuestra(s) cultura(s). El de nación es un concepto del cual no podremos desembarazarnos tan fácilmente. (Grüner, 2004: 10)

Finalmente, retomamos la centralidad de la idea de nación en el pensamiento de Carlos Real de Azúa, para seguir repensando las nuevas conjunciones entre los múltiples senderos que interaccionan en una comunidad: el global, el regional, el nacional y el local. Más allá de las crónicas anunciadas de la muerte nacional, encontramos la recreación de nuevas articulaciones que persisten en esta construcción.

Referencias bibliográficas

- Bhabha, Homi (1990) *Nation and Narration*. Londres: Routledge.
- Chatterjee, Partha (2007) *La Nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Editorial Siglo XXI, Clacso.
- Caetano, Gerardo y Rilla, José (1987) “Real de Azúa y la historia”, en *Cuadernos del CLAEH*, 12(42).
- González, Horacio (2010) “Indigenismo y Estado Nacional”, en *Página 12*, martes 25 de mayo.
- Grüner, Eduardo (2004) “El conflicto de la(s) identidad(es) y el debate de la representación: la relación entre la historia del arte y la crisis de lo político en una teoría crítica de la cultura”, en *La Puerta*, 1(0), pp. 58-68.
- Halperín Donghi, Tulio (1987) *Escritos, selección y prólogo*. Montevideo: Arca.
- _____ (1992) *Revista Latinoamericana de Estudios Sociales*, n.º 4, Pittsburgh.
- Hernández Arregui, J. J. (1973) *¿Qué es el ser nacional?* Buenos Aires: Plus Ultra.
- Nun, José (2000) *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Oliven, Rubén (2006) “La mundialización y el futuro de la nación”, en Nun, José y Grimson, Alejandro (comp.). *Convivencia y buen gobierno: nación, nacionalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Ensayo Edhasa.
- Real de Azúa, Carlos (1961) *El patriciado uruguayo*. Montevideo: Asir.
- _____ (1964) *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la UdelAR.
- _____ (1971) *Política, poder y partidos en Uruguay hoy*. 2ª ed. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____ (1987) *El poder de la cúspide: elites, sectores dirigentes, clase dominante*. Mimeo.
- _____ (1991) *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Montevideo: Arca: Instituto Nacional del Libro: Nuevo Mundo.
- _____ (1997) *Historia y política en el Uruguay*. 2ª ed. Montevideo: Cal y Canto.
- Romero, José Luis (1987) *Las ideas en la Argentina del Siglo XX*. Buenos Aires: Biblioteca Actual.
- Rouquié, Alain (1989) *América Latina: introducción al extremo occidente*. México: Siglo XXI.
- Wright Mills, Charles (1969) *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.